

Homilía del Obispo de Córdoba,
MONS. DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ,
en la ordenación de tres nuevos presbíteros
Santa Iglesia Catedral de Córdoba, 29 de junio de 2013

Saludos. A todo el presbiterio diocesano, a los que hoy cumplen aniversario de ordenación, al Cabildo que nos acoge en este templo Catedral (hoy se cumple 777 años de su consagración como Catedral), a los rectores y formadores de los Seminarios Mayo y Menor de San Pelagio y Seminario *Redemptoris Mater*, a todos los familiares y amigos que nos acompañan.

1. *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mt 16,18)*

La fiesta solemne de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo nos sirve de marco para entender mejor lo que estamos celebrando. Pedro fue llamado por el Señor para ser la piedra sobre la que edificara su Iglesia. La plena comunión con Pedro es signo visible de pertenencia a la única Iglesia que Cristo ha fundado. La fiesta de hoy, en el año de la fe, nos invita a renovar esa adhesión profunda al sucesor de Pedro, al Papa Francisco, a su magisterio, a su disciplina. Hoy es el día del Papa, en el que suenan de manera especial las palabras de Jesús: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...”.

Por otra parte, el apóstol Pablo es el predicador infatigable de la Palabra de Dios, que de perseguidor se convirtió en apóstol, porque Cristo le salió al encuentro de sopetón en su vida y después de su retiro en el

desierto lo enamoró para sí, convirtiéndolo en fuego ardiente y apóstol itinerante.

La ordenación sacerdotal consiste en la transmisión de aquel poder que Cristo confirió a Pedro y a los Apóstoles para el servicio de su Iglesia santa. El poder de atar y desatar, el poder de hacer presente a Cristo sacramentalmente en la Eucaristía, el poder de perdonar los pecados, el poder de predicar la Palabra de Dios con la autoridad de Cristo mismo, el poder de ir delante del rebaño como *forma gregis* (forma del rebaño), es decir, acompañando y sirviendo de estímulo y ejemplo para los demás. Un poder que no es poderío, ni autosuficiencia, ni prepotencia. Un poder que es capacitación para el servicio al Pueblo de Dios. No se trata de un poder que os haga mirar a los demás por encima del hombro, sino de un poder que os expropia de vosotros mismos para ponerlos al servicio de los demás. El poder en la Iglesia consiste en el servicio, para el cual sois capacitados a través de este sacramento.

Jesucristo confía esta misión a Pedro y a los demás Apóstoles, y éstos la han transmitido mediante la imposición de manos a sus sucesores los obispos y a sus colaboradores los presbíteros. Asistimos, por tanto, en esta mañana y en este lugar al gesto sacramental, por el que se prolonga la sucesión apostólica, de la que es garante el obispo y de la que son hechos partícipes los presbíteros. Dentro de unos instantes, veréis cómo el obispo impone sus manos sobre los que van a ser ordenados y con el obispo todos los presbíteros presentes, en un gesto de profunda comunión para la transmisión de este poder recibido de Jesucristo a través de los Apóstoles.

Os invito, por tanto, queridos hermanos a contemplar desde la fe este gran misterio. Aquí el protagonista es Dios Padre que llama, elige, dispone

en su providencia los acontecimientos para que estos jóvenes, que han escuchado su llamada, se hayan puesto en camino y lleguen hoy a esta meta, que se convierte en punto de partida para su nueva vida de servicio a la Iglesia. Aquí el protagonista es Jesucristo, que por el misterio de la redención, elige a hombres del Pueblo de Dios para hacerlos partícipes de su sagrada misión, para hacer de estos jóvenes sacerdotes del nuevo testamento y hostia viviente que se ofrece por la salvación de los hombres. Aquí el protagonista es el Espíritu Santo, expresado en la imposición de manos y en la unción con el santo crisma, gracias al cual estos jóvenes son transmutados ontológicamente en ministros de Cristo, cabeza y esposo de su Iglesia. Sólo en un clima de fe y de oración podemos entender algo de lo que aquí sucede, y en el silencio de nuestro corazón acoger esta gracia que a todos nos llega de alguna manera, porque es dada para el bien de toda la Iglesia.

2. *¿Sabes si son dignos?*

Al inicio del rito de la ordenación, cuando son presentados los candidatos y han sido llamados por su nombre, el obispo pregunta: “¿Sabes si son dignos?” La respuesta ha sido afirmativa: “Según el parecer de quienes los presentan, después de consultar al pueblo cristiano, doy testimonio de que han sido considerados dignos”. Y el obispo ha concluido: “Con el auxilio de Dios y de Jesucristo nuestro salvador, elegimos para el orden de los presbíteros a estos hermanos nuestros”. “Demos gracias a Dios”, ha respondido la Asamblea.

El discernimiento de la vocación sacerdotal no es cosa fácil. Es una labor delicada en la que intervienen muchas colaboraciones y ayudas. En primer lugar, es necesaria la luz de la gracia de Dios para ver con claridad

las cosas como las ve Dios, y por eso se hace necesaria la oración. No podemos mirar solamente lo exterior: la estatura, el aspecto físico, la juventud. Ni quedarnos tampoco en las cualidades humanas que adornan a una persona: su inteligencia, su simpatía, sus dotes de relaciones humanas, sus habilidades.

“¿Sabes si son dignos?”, está refiriéndose a: ¿te consta que Dios los ha llamado?, ¿se ha hecho un discernimiento sereno y coincidente acerca de la idoneidad de estos candidatos? Y en este aspecto, el primero que descubre esa idoneidad es el propio sujeto llamado. Por una parte, siente un atractivo, una suave e irresistible seducción, que le ha puesto en camino. Y por otra parte, se ha sentido cada vez más indigno de dar este paso adelante. Ha tenido que superar días oscuros y dificultades, superiores a sus fuerzas humanas, ha ido acrisolándose aquella primera llamada hasta llegar este día de la ordenación.

Pero además, esta vocación ha sido probada por la Iglesia de múltiples maneras. El Seminario no sólo es un lugar, es también una etapa de la vida, es una comunidad en proceso de catecumenado hacia este sacramento, es un estilo de formación, en el que han intervenido muchas personas a distintos niveles. Agradezco vivamente a los que habéis trabajado en esta tarea: rectores, formadores, directores espirituales, profesores, párrocos respectivos, familiares, comunidades de origen, amigos que os han ayudado a llegar hasta aquí.

El discernimiento de la vocación sacerdotal es una de las tareas más delicadas de la vida de la Iglesia, y en ella se invierten las mejores energías, de manera que los ministros del Señor sean idóneos para recibir este sacramento en el servicio a la Iglesia. Queridos hijos que vais a ser ordenados, queridos seminaristas que camináis hacia esta meta: confiad en

la Iglesia, confiad en vuestros superiores y formadores, fíaos de quienes os acompañan en este camino. Vivid en total transparencia vuestra etapa de Seminario, para que quienes han de juzgar sobre vuestra idoneidad, puedan hacerlo sin dificultades añadidas. La pregunta: ¿Sabes si son dignos? y su correspondiente respuesta, no son un mero trámite, sino que expresan toda la riqueza de un proceso formativo en el que se ha verificado que la llamada es de Dios.

Pues bien. Una vez que sois ordenados hoy, no os quepa nunca la menor duda de que Dios os ha llamado, os ha consagrado y os ha enviado. Pedimos para vosotros la fidelidad a tal altos dones recibidos hoy para enriquecer a la Iglesia. No sabemos cuál va a ser el camino que vais a recorrer desde el día de hoy hasta que os presentéis ante el Supremo Pastor para darle cuenta de vuestra vida, si vais a ver muchos frutos o sencillamente vais a sembrar para que otros lo cosechen en su día. No sabemos si Dios os concederá vida larga o corta. No sabemos si os vais a volcar en una actividad desbordante o vais a tener que vivir vuestro sacerdocio en la aparente inutilidad por algún impedimento externo. Pero todos sabemos una cosa: sois sacerdotes para siempre (*sacerdotes in aeternum*), y nadie podrá borrar nunca los dones de Dios que recibís en esta mañana de gracia, el sello imborrable con el que el Espíritu Santo os marca, os hace capaces y os envía al mundo.

3. Cómo perseverar en esta gracia

Pidiéndolo al Señor. Los dones de Dios han de ser recibidos con humildad y han de ser cuidados con esmero. Ya no os pertenecéis, porque libremente habéis sido expropiados para bien de la Iglesia y de los hermanos. Vivir en obediencia no es falta de libertad, sino expresión de una

libertad nueva, la que Cristo nos ha concedido. El Papa, vuestro obispo, vuestros superiores os servirán la voluntad de Dios y os ayudarán a encontrarla en las distintas circunstancias de la vida. El camino de la obediencia es un camino seguro para vivir la voluntad de Dios. “Sólo el que sabe obedecer en Cristo, sabe cómo pedir, según el Evangelio, la obediencia de los demás” (PDV 28). Porque nuestra obediencia siempre es a Dios, no a los hombres.

Amaréis en el corazón de Cristo a todos los demás en la castidad perfecta del celibato. No sois de nadie, sois de Cristo. Vuestro corazón vive colgado de El, y de nadie más. Trabajad cada día para corresponder a tanto amor con un amor celoso por vuestra parte. No le deis a nadie lo que un día le habéis dado a Cristo, sólo a Él y todo para Él. Amad a Cristo con corazón indiviso y eso os hará capaces de amar a todos sin quedaros con nadie. Cuidad esta austeridad del corazón, que no os seca el corazón, sino que os hace más fecundos con la fecundidad que viene de lo alto y os hace disponibles para todos.

Sed pobres en el espíritu y en lo material, humildes y austeros. “Sin bastón, ni alforja, ni sandalias en los pies” (Lc 10,4). Vuestra fuerza no está en los medios humanos, las cosas no las hacéis por dinero, y si se fuera acumulando en vuestra cuenta, sed generosos y dadlo antes de que se pudra o pudra vuestro corazón. Administrad con total transparencia los bienes materiales de las comunidades que se os confían, y acordaos de los pobres, que siempre los tendréis a vuestro lado.

Sed humildes y valientes. Sed orantes y atrevidos. Salid al encuentro de la oveja perdida y cargadla sobre vuestros hombros con amor. No despreciéis nunca a nadie. Sed mansos, pacientes, llenos de esperanza. Un

cura normal es el que se parece a nuestros santos patronos, san Juan de Ávila y el Santo Cura de Ars, que ahora invocamos en las letanías. Los santos son la norma de nuestra vida.

Maria, Madre de la Iglesia, fue entregada por Jesús a uno de sus apóstoles, al apóstol Juan. Y éste la recibió en su casa. En la sucesión apostólica, en la que hoy sois insertados, acoged a María en vuestra casa, y ella os enseñará a amar a Jesús y a amar a todos los hombres. Ella os guardará siempre puros e inmaculados, o si por vuestra debilidad alguna vez os mancháis, Ella os limpiará como buena madre para que aprendáis a tratar a Jesús como lo ha tratado Ella. Dichosa tú, que has creído, oh María. Dichosos vosotros que os habéis fiado de Dios, dando este paso, que hoy Dios confirma con su gracia. Todos estamos contentos porque Dios ha estado grande con nosotros. Amén.